

Primera Bienaventuranza

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”

(Mateo 5, 3)

Cada **Bv** toca un problema que afecta a toda persona. Dicho problema no es precisamente secundario, sino algo que a todos nos toca y a lo que hay que dar una respuesta, ya sea la que cada uno decida, ya sea porque nos la han impuesto o, sencillamente, porque es lo que hace todo el mundo, pero no se va a quedar sin respuesta. ¡Y no es lo mismo que sea una u otra! Es decir, el problema que toca cada **Bv** es irrenunciable, está presente en la vida de toda persona y nadie puede evadirse de él.

Años atrás, cuando abundaban pintadas que pretendían hacer pensar, por todas las ciudades por las que pasé me encontré con una de los anarquistas muy ingeniosa, como todas las suyas, pero que en este caso carecía de sentido: “**Que se pare el mundo, que me quiero aparear**”. Supongamos que lo “paramos”, pero, ¿dónde ponemos el pie? No podemos escaparnos de la realidad personal y social que nos ha tocado en suerte.

No podemos “apearnos” de los problemas que lleva consigo nuestra realidad humana. Están presentes en todos y cada uno por ser inherentes al ser humano, y en la respuesta que demos a cada uno estará en juego, de alguna manera, lo que veíamos como telón de fondo de las **Bvs**: “*El hombre está llamado a ser feliz, debe encontrar un sentido a su vida, algo que le llene, que le merezca la pena*”. Si la respuesta que demos a cada problema clave no es la “acertada”, difícilmente nos realizaremos. Este es el reto que nos plantean las **Bvs**.

Pues bien, el problema de esta primera **Bv** es que **somos seres necesitados**: ¡Necesitamos ‘consumir’!, la palabra maldita. Por tanto, nuestra relación con los bienes (con la riqueza) es irrenunciable: es cuestión de vida o muerte. Entonces, ¿para qué buscar problemas artificiales?

En efecto, la riqueza en sí siempre es un bien: un país desertizado es un país que termina por convertirse en desolación. Allí no puede vivir nadie. La ausencia total de riqueza y, sobre todo, la imposibilidad de crearla, hace que aquello se convierta en un desierto, que sea imposible la vida. Por tanto, la riqueza, en cuanto tal, es un bien. El que hayamos podido desayunar esta mañana es más riqueza que si no lo hubiésemos podido hacer; si tampoco pudiésemos comer, seríamos más pobres todavía, pero este discurso sobre la “pobreza” pronto se acabaría. No seamos, pues, tan 'simples' en nuestras reflexiones sobre la **pobreza evangélica**. La riqueza, en sí misma, es un bien, y el reto de esta **Bv** no podemos convertirlo a un callejón sin salida.

Vamos, pues, a aproximarnos a este problema fundamental del ser humano desde el **Ev**, pues ahí es donde podremos descubrir qué quiere decir Jesús al asegurar **Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos**. Apliquemos, pues, el método que nos hemos propuesto, viendo en una primera parte cómo

Jesús vivió esta relación con los “bienes” (**la riqueza**) y, sobre todo, qué dijo, para preguntarnos '**qué nos parece**' y, después, plantearnos el '**si queremos**'.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA RIQUEZA – POBREZA

1. Cómo vivió Jesús la pobreza

Por lo pronto, ya el comienzo de la vida de Jesús es llamativo de cara a este problema. Las circunstancias en las que nace no son simplemente de ‘pobreza’, sino de carencia de todo. Podemos decir que tuvo mala suerte con el momento: que si el censo, que si la precipitación, que si llegaron tarde,... Pero, en cualquier caso, hoy día lo calificaríamos de ‘indigno’, más aún lo calificaríamos como resultado de una mala “programación”... (cf. Lc 2,1-7).

Hay algo que siempre me ha impresionado al llegar la Navidad: la costumbre de hacer nacimientos, costumbre que ha llegado a convertirse hasta en “concursos”. Pues bien, en estos “nacimientos” destacamos el **Misterio**, y sus figuras son más grandes: es lo único que 'deforma' la fe. Sin embargo, todos sabemos que los “personajes” que están dentro del “portal” tenían el “tamaño” que las demás figuras. Pero lo sorprendente es que, a la hora de seleccionar las “figuras”, no queda excluida ninguna: una mujer lavando en el río, un hombre arando, (¡un “tío” haciendo sus “necesidades”!: el *caganet*)... Nada que sea real, nada cotidiano, queda al margen. El nacimiento de aquel niño es un acontecimiento más de los que en aquel momento estaban ocurriendo, y el único detalle que recoge el **Ev** es: “...y le acostó en el pesebre, porque no tenían sitio en la posada...”. Más aún, el dato de identificación que dan los ángeles a los pastores (¡los “ángeles” se aparecen a los pastores, no a los vecinos de Belén!) remite a estas circunstancias extremas: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 12). ¡Esto es lo que más sorprende!

Pero volvamos al acontecimiento que el **Ev** nos cuenta. Imaginemos brevemente lo que allí ocurrió y preguntémosnos qué nos parece. En efecto, todo el mundo se enteró (¡en un pueblo pequeñito todo el mundo se entera de todo y lo sabe todo!) que el posadero no había acogido a aquel joven matrimonio y habían tenido que meterse en aquella “cuadra” para animales. Por otro lado, todos vieron que aquella muchacha estaba embarazada. Cuando se corrió la noticia de que había dado a luz y que seguían en aquel lugar, acudirían las vecinas a llevarles algo: pan, queso, una gallina (¡que el caldo de gallina es bueno “pa las recién parías”!), pañales, etc.; y los que ni se dicesen por aludidos se les consideraría como gente sin-corazón. Por tanto, las figuras que nuestra piedad coloca aproximándose al “portal” fueron reales. ¿Por qué?

Y aquí es donde tenemos que preguntarnos por primera vez el ‘¿qué nos parece?’ A primera vista puede parecer algo vergonzoso que el “Esperado de todos los tiempos” naciese en unas circunstancias tan “indignas”, y es para “exigir” al “encargado” de programar el acontecimiento su “dimisión”, aunque fuese el mismo Espíritu Santo. Sin embargo, si caemos en la cuenta, naciendo en estas circunstancias **suscitó alrededor lo mejorcito que hay en el corazón humano**, sin necesidad de “ángeles”. Si hubiese nacido en la casa más rica del pueblo, tan sólo habría suscitado indiferencia, cuando no envidia.

Es decir, Dios se hace **carne**, entra en nuestra historia, de la única forma que objetivamente se despierta en nuestro corazón lo mejor de nosotros mismos. Parece, pues, que el Espíritu Santo no va a tener que ‘dimitir’, sino que fue un acierto entrar así en la historia.

Más aún, el **Ev** de San Mateo va a enmarcar aquellos comienzos en unas circunstancias especialmente extremas: toda la familia tiene que huir del país, porque al niño quieren matarlo, y se refugian en Egipto. ¡Otra circunstancia extrema por la que tantas personas siguen pasando! (Mt 2, 13-15).

Pero es que, después, al volver de Egipto van a Nazaret donde vivirá toda su vida. Tan es así, que va a pasar a la Historia como “Jesús de Nazaret”. ¿Qué se sabe de ese pueblo? Jn 1, 46 recoge la respuesta de Natanael a Felipe. Cuando éste, muy entusiasmado, le dice que han encontrado al Mesías, y que es ‘de Nazaret’, Natanael responde con toda espontaneidad: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”. Y el tal Natanael no era un “bocazas”, pues es de los pocos personajes que en el **Ev** reciben un elogio explícito del mismo Jesús: “*Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño*” (Jn 1, 47). ¡Cómo serían los de Nazaret! Y el dato tiene mayor alcance al ser indirecto. Es la salida espontánea de algo evidente.

De hecho, eran brutos los de Nazaret. La reacción del pueblo entero que nos describe Lucas en el capítulo cuarto de su **Ev** no puede ser más llamativa. La referencia de Jesús a “*la viuda de Sarepta*”, con el dicho de “*médico, cúrate a ti mismo*”, y su conclusión de que “*ningún profeta es bien recibido en su patria*”, no es para desencadenar una reacción como la que describe el evangelista: “*y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despearle*” (Lc 4, 29). Pues bien, ahí se crió y vivió toda su vida, hasta el punto que va a ser el título que le va acompañar hasta la cruz, y acompañará su nombre a lo largo de la historia: **JESÚS DE NAZARET**.

Traslademos este dato a nuestro contexto y observaremos hasta qué punto la salida de Natanael seguimos teniéndola nosotros con bastante frecuencia. Los que vivan en grandes ciudades en las que hay barrios conflictivos, los que allí viven siempre tienen problemas al buscar trabajo. Cuántas chicas de estos barrios que buscan “horas” en una “casa bien”, encuentran como respuesta: *Ya le avisaremos*, al enterarse que viven en dichas zonas. ¡Y ese ‘aviso’, nunca llega!

Es decir, Jesús, no sólo nació en unas circunstancias “vergonzosas” o como hoy diríamos, “indignas”, sino, lo que es más llamativo, vivió toda su vida en un contexto sociológico no “recomendable”. Podríamos decir, con razón, que el “asesor de imagen” que tuvo fue un desastre. Su *curriculum* sólo le aseguraba el desprestigio. Y esto se refleja, por ejemplo en Mc 6,3. Allí se admiran los “normales” de su pueblo: “*¿de dónde le viene a éste esa sabiduría...?*” Jesús había pasado como un cualquiera, tan cualquiera que cuando empiezan a decir *maravillas* de él, sus conocidos reaccionaban como nosotros en casos parecidos: “oye, ¿sabes tú que fulanito es una eminencia?”... “Bah, una eminencia... lo conoceré yo”.

Seguro que muchos de sus vecinos lo que pensaban era lo mismo: “¿de dónde va a sacar éste las cosas extraordinarias, si nunca ha salido de aquí? Éste es tan zoquete como nosotros. Aquí nadie ha tenido la más mínima oportunidad. ¿Qué 'formación' ha tenido?... Sus padres desaprovecharon la ocasión cuando se quedaron deslumbrados por el niño allí en el Templo. Pero se lo trajeron... ¡Hombre, dale una beca y que saque algo decente!”... Porque era “indecente” no haber salido nunca de Nazaret.

Por tanto, la salida espontánea de Natanael nos revela algo muy importante para comprender las **Bvs**: **Jesús fue un cualquiera de un pueblo sospechoso.**

Pero, ya en la vida pública, uno que quiere seguir a Jesús se encuentra con esta respuesta (Mt 8,19-20): “*Y un escriba se acercó y le dijo: «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.» Dícele Jesús: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»*”. Las expectativas “lucrativas” se vienen abajo. El que se apunte a esto no va a sacar nada en limpio...

Una primera conclusión de lo que llevamos visto de la vida de Jesús es que **fue pobre**, no que **optó por los pobres**. Pero es que, si no hubiese sido pobre, ¿habría podido decir lo que dijo? ¿Nos imaginamos un Jesús a caballo, con “pecho de lata”, una espada, vestido de 'romano'...? ¿Su mensaje hubiese interrogado a todo el mundo? Sin embargo, todos se sienten interrogados por el **Ev**. Y es que **el lugar más bajo es el más universal**. A lo largo de estos días iremos cayendo en la cuenta hasta qué punto esto es verdad.

En la medida en que uno va subiendo escalones (del tipo que sean: de riqueza, de cultura...), serán menos los que lo escuchen y entiendan, y cuando llega a todo lo alto estará hablando solo. Lo más universal, lo más válido, lo más liberador... lo único que puede darnos acceso a la verdad, y no al 'cuento', es lo más bajo. ¡Con qué cinismo desde el Primer Mundo lanzamos consignas teóricas al Tercero y nos “solidarizamos” con él, no estando dispuestos a reducir en lo más mínimo nuestro derroche y nuestros sutiles mecanismos de extorsión...!

Nuestra solidaridad es un cuento porque la entendemos con *mando a distancia*, como veremos en la 3ª **Bv**. Sólo en la medida en que asumamos la realidad del otro, en que hablemos desde abajo, podremos decir algo al hombre de hoy, al hombre de siempre. El **Ev** no podía anunciarlo una persona bien situada, con todo resuelto. Tres cuartas partes de la humanidad le echaría en cara: “¡Si tú vivieses como yo vivo!, ¡Si tú hubieses pasado lo que yo he pasado...!” Pero esto nadie se lo podrá decir. Desde abajo, Jesús interpela a todos.

En el Primer Mundo nos hemos inventado la ‘opción por los pobres’. (Lo único bueno que tiene la frase es que no la entienden los pobres. Nunca han usado la palabra “optar”. ¡Y que no la cambien! El día que se enteren, nos sacarían los colores). En efecto, el único alcance que tiene la frase es que nos tranquiliza y nos la creemos. Pero no tiene nada que ver con la realidad. Para lo único que sirve es para ponernos condecoraciones, que nos falta pechera para colgarnos medallas y, al mismo tiempo vivir sin que nos falte nada, derrochando y, lo que es peor, exigiendo.

Jesús no optó por los pobres, sino que fue pobre.

Optó por el ser humano, por todo ser humano.

Pero lo hizo desde los pobres, siendo uno de ellos.

Porque no se puede optar por el ser humano desde arriba.

Resumiendo, la manera de estar Jesús frente a los bienes (**riqueza**), no fue desde la abundancia, sino desde la precariedad, y lo que es más importante, con el desprestigio sociológico que acompaña estos contextos: **como uno de tantos de un pueblo sospechoso**. Es decir, esta fue su forma de relacionarse con los bienes, pero, **¿qué dijo de la riqueza**, de la abundancia?

2. Qué dijo Jesús sobre la riqueza

Problema al que hay que dar una respuesta: ¿Qué hacemos con una riqueza que necesitamos? ¿Cómo estamos frente a unos bienes de los que no podemos prescindir? Porque vivimos gracias a que los tenemos, gracias a que me puedo vestir, a que puedo comer, a que puedo formarme... Todo eso supone riqueza. Lo problemático de la riqueza es que no podemos renunciar a ella sin más: **si no ‘consumimos’, ‘nos consumimos’**.

A lo largo de estos días vamos a ir trabajando numerosas citas y debemos acercarnos a ellas como dijimos en la **Introducción**, no para elucubrar como si se tratase de ideas profundas, sino como lo que son: trozos de vida real ante los que tenemos que tener el valor de hacernos las dos preguntas que, decíamos, atravesaban todo el **Ev**: “¿**Qué te parece?**” y, “**Si quieres...**” Son los dos interrogantes que hemos de tener como telón de fondo estos ocho días, prescindiendo de que Jesús es el Hijo de Dios, de la fe,... Vamos a preguntarnos qué nos parece, y si nos parece bien, si queremos. Así podremos ‘dar razón de nuestra esperanza’: - ¡El **Ev** es verdad porque es verdad, no porque sea **Ev**! -.

Las citas las agruparemos en dos bloques: en el primero, el más extenso, recogeremos aquellas en las que se nos avisa muy seriamente que **la riqueza** en cuanto acumulación (no en cuanto riqueza -bienes para la vida-), **es un peligro, una trampa, una tentación**; en un segundo grupo recogeremos las que presentan la **pobreza**, la sencillez, como un lugar privilegiado de encuentro con el Espíritu.

2. 1. La riqueza, en cuanto acumulación, es una tentación, un peligro

Y empecemos por la tercera tentación de Jesús en el desierto, según san Mateo (4, 8-10): “*Todavía le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras.»* De suyo, la propuesta, desde un punto de vista lógico, es absurda: “¿Y yo, para qué quiero tanto?”.

En efecto, el ser humano necesita poquísimo para vivir. Suponeros que nos piden que hagamos una lista de lo mínimo necesario para vivir. Pues bien, como estamos en el Primer mundo, la lista de cosas ‘imprescindibles’ sería vergonzosa. Si la comparamos con lo que viven tantas personas del Tercer mundo, caeríamos en la cuenta de la cantidad de necesidades que nos hemos creado. Sin embargo somos insaciables. Esta “insaciabilidad” será importante en otras dimensiones de nuestra vida, pero en el tema que nos ocupa -el poseer, el acumular -, es patológica (¡no puedo consumir todo lo que acumulo!: el estómago no se me ensancha porque sea rico, sino que al final termino haciendo ‘plan’), y esta patología puede llevar a consecuencias trágicas. Luego veremos en qué se puede apoyar esta absurda dinámica de acumular lo que ni podremos consumir ni disfrutar siquiera.

Pues bien, a esta propuesta Jesús responde: «*Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto*»". Es decir, esta acumulación, esta tendencia al acaparamiento, esto que después Jesús va a denominar **codicia**, esta dinámica absurda, -una vez que he conseguido algo ya estoy pensando en por qué no tener más-, la proponía el "tentador" como un *postrarse y adorar*. Jesús va a responder a esta 'consecuencia'. Es decir, interpreta este ofrecimiento como una alternativa a su fe israelita, a su fe monoteísta. El ser humano sólo puede postrarse y adorar al único Dios. Aceptar, pues, esta oferta es para Jesús ir contra el primer mandamiento de la Ley: *Al Señor tu Dios, adorarás, y a él sólo darás culto*.

Por tanto, la tentación está en que esa alucinación del acumular, del tener más, que percibimos en nosotros de forma compulsiva, es una adoración, un dar culto. Quizás nos parezca un poco desmesurada esta respuesta. Veamos, pues, cómo Jesús nos va desmenuzando esta tentación.

Y vamos a un texto más cercano a nuestra realidad cotidiana. Es muy interesante descubrir, y lo iremos destacando, cómo todo el **Ev** está inmerso en la realidad, se nos comunica a través de ella. Veamos lo que nos cuenta Lucas (12, 13-31): "*Uno de la gente le dijo: 'Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo'. Y él respondió: ¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?*" Es decir, "¿Es que yo soy abogado, o notario, para repartir herencias? ¿Tú no sabes que yo soy de Nazaret?..." Pero ya que ha salido el tema de la herencia (lo que se hereda no lo hemos trabajado, nos encontramos de golpe con ella) Jesús aprovecha: "*Y les dijo: Mirad y guardaos de toda codicia*". No dice que nos guardemos de toda "riqueza", sino de la 'codicia': esa dinámica que todos llevamos dentro (lo reconozcamos o no) y que provoca la tendencia compulsiva a acumular, como veíamos más arriba.

Dice Freud, que no tenía un pelo de tonto, que el dinero tiene para el ser humano una 'dimensión libidinosa': ¡se nos van los ojos detrás del "billete"! Va uno por la calle y se encuentra un billete de veinte euros. ¿Qué hacemos?, ¿le damos con el pie y seguimos andando? **¡Todos somos codiciosos!** No podemos remediarlo. Los 20 euros no se quedan en el suelo; nos lo metemos en el bolsillo. Luego terminarán en un donativo para *Caritas*, pero no se quedan tirados... Tantas cosas nos encontramos 'tiradas' y qué pocas recogemos. El 'dinero', sin embargo, no podemos remediarlo...

Estoy convencido que el **Ev** está lleno de *paparazzi* (esos astutos fotógrafos que acechan lo inconfesable). En efecto, 'salimos siempre en la foto': el **Ev** va revelándonos nuestras verdades más ocultas. Sería bueno que nos comprásemos un álbum de fotos para ir pegando nuestra 'historia secreta'. Ya por lo pronto, podemos pegar esta primera foto, con el trasero en pompa, llevándonos los 20 € que no eran nuestros, pero que no pudimos dejar donde estaban... porque **¡somos codiciosos!**

Jesús da por supuesto que la codicia la llevamos incorporada, es una "tentación" permanente, con la que tenemos que tener cuidado: *mirad y guardaos de toda codicia*.

Y esto es más verdad de lo que yo me creía. Cuando empezamos a vivir un grupo de jesuitas en un suburbio de Granada, casi en su totalidad de gitanos, teníamos ante nuestros ojos reacciones y gestos que nos sorprendían: ¡todo se compartía! Aquellas personas salían adelante porque había una 'solidaridad sumergida': "Hoy por ti, mañana por mí", decían con

la mayor naturalidad ante las pequeñas ayudas cotidianas. (Nunca se trataba de grandes soluciones, porque esas ni se pensaban). Pues bien, a partir del 'crecimiento' económico de los últimos años, cuando la posibilidad de acumular empezó a darse, te encontrabas con personas que años atrás todo lo compartían, que no lo hacían en absoluto, ¡ni entre la familia! Luego volveremos sobre el problema.

Y sigue Jesús desenmascarando: “*porque, aún en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes*”. El problema básico del ser humano es, sin duda, la ‘seguridad’, ¡y más en el Primer Mundo! La seguridad ha sido el primer requisito psicológico que hemos necesitado al nacer. Si un niño no se ha sentido seguro (evidentemente porque no se le ha querido 'obsesivamente'), tendrá problemas serios de personalidad el día de mañana. Esa ‘seguridad’ que en la infancia depositamos en nuestros padres, seguimos buscándola, y lo que es más importante, poniéndola en algo. Pues bien, la tentación de la codicia tiene su 'lógica'. (El ser humano para mantenerse en el error necesita justificarlo con 'razones', con 'lógicas'). En efecto, todos sabemos que si no tenemos nada morimos; pues ¡si tenemos mucho...!, no nos atrevemos a decir que no vamos a morir... pero desde luego 'vamos a vivir mucho más...'

Ocurre algo curioso en el **Ev** y que iremos destacando. Cosas que Jesús dijo, posiblemente ahora, en nuestro Primer Mundo, estamos más capacitados y con mayores datos para caer en la cuenta, hasta qué punto eran verdad... Quizás los de su tiempo -¡y nosotros hace 60 años!- teníamos que 'crearlas' por fe. Pero, ¡Jesús no tenía un pelo de tonto! El **Ev** percibe con mucha más agudeza las dinámicas ocultas del ser humano que nosotros con todos nuestros avances: en una sociedad tan pobre como la que rodeaba a Jesús ¿qué posibilidades de acumular, de 'consumir' tenían? Sin embargo, detectaba lo que podía ser un riesgo, una tentación, que pusiese en **peligro** a la persona en cuanto tal.

Habría que decir, que hoy día estamos estrenando historia. Siempre se han dado las diferencias generacionales: la generación joven daba pasos que chocaban con la anterior. Ahora, sin embargo, se ha producido un salto cualitativo: nunca la humanidad había vivido una situación como la que surgió a partir de los 70, en el Primer Mundo. Y por dos razones: nunca la generalidad había dispuesto de una capacidad económica tan solvente -aunque un tanto ficticia, como ahora estamos palpando- y nunca la oferta había sido tan disparatada. Antes ibas a comprar una escoba y sabías lo que ibas a traer a tu casa. Ahora vas a comprar un cepillo para barrer y no sabes lo que puedes traerte, pues puedes encontrarte con 10 novedades... Las dos cosas juntas han disparado nuestra codicia hasta tal punto que ha adquirido carta de ciudadanía. Yo suelo decir que si **Molière** hubiese nacido en nuestro siglo se habría muerto de hambre: no habría podido escribir *El avaro*, pues ahora todos somos 'avaros'. La 'ambición' es un requisito que, de no detectarse junto a tu *currículum*, es motivo para que seas descartado...

En efecto, todos denunciemos el consumo, pero todos estamos enganchados a él y el mismo sistema económico depende de que seamos fieles a este reclamo. Pero ahora quiero fijarme en una consecuencia: consumimos cosas tan útiles que llegan a suplirnos. En este sentido podemos decir que en el Primer Mundo estamos convirtiéndonos en ‘seres protésicos’. Cada vez más tontos, más torpes, más inválidos, olvidamos que tenemos inteligencia, imaginación, manos, pies,... ¡No los necesitamos, nuestras ‘prótesis’ nos suplen! Suelo decir que el hombre de nuestro Primer Mundo se ahoga, no ya en un “vaso de agua”,

sino en un “plato llano de agua”. Yo no sé cómo caemos, cómo ponemos la nariz y la boca..., pero ahí nos ahogamos.

Un año, al terminar la vendimia, la familia con la que trabajaba, amiga mía, decidió arreglar la cocina. Hubo que sacar todo: la hornilla en un rincón del comedor, el calentador del agua desmontado, la lavadora también... La familia estaba compuesta del matrimonio y nueve hijos, pero, para colmo la madre esperaba otro y estaba a punto de dar a luz. Pues bien, a media mañana voy al servicio y me la encuentro de rodillas delante de la bañera lavando un montón de ropa, con agua fría, como es natural (no había calentador) ¡Y era noviembre!). Ante mi sorpresa, me contesta, “y qué le iba a hacer, Adolfo. Si lo dejo nos come la mierda...”. Al día siguiente comenta a la hora de la comida: “He estado en el médico, y me ha dicho que el embarazo va bien, pero si la semana que viene no estoy ya de parto tendrán que provocarlo. Por cierto, que me ha preguntado que si estoy apurada [agobiada]”. “¿Y tú qué le has contestado?” -intervengo yo-. “Pues que por qué iba a estarlo”... ¡Sin comentarios!

Y vamos con otro caso que puede darnos luz para tomar conciencia de hasta qué punto los “logros” indiscutibles de nuestro Primer Mundo pueden anularnos, en vez de potenciarnos. Estábamos vendimiando en un pueblo de la Mancha, y vivíamos dos matrimonios gitanos y yo en una casita que no tenía ni agua ni luz ni servicios. Un día, al volver del trabajo nos encontramos con que se había ido la luz en el pueblo. Después de lavarme un poco fui a la tienda a comprar algo para el bocadillo del día siguiente. El tendero había puesto dos velas en el mostrador. Aquello estaba medio a oscuras. Como había mucha gente y aquello era muy chico, tuve que quedarme en la calle. Todos se quejaban de no poder ver la película de la TV, que si el congelador,... De repente oigo la voz de uno de los gitanos con los que compartía la casa, 'el Bolín', que dice: *'Pues a nosotros no se nos ha ido la luz'* (¡porque no la teníamos...!) *'¿Pero si se ha ido hasta en Herencia -el pueblo de al lado-?'* *'Pues a nosotros no se nos ha ido'*, insistía el Bolín. Yo, en silencio, veía que era verdad... ¡No se nos había ido la luz!

Esto no quiere decir que cuando volvamos a nuestras casas 'cortemos' la instalación eléctrica, pero sí que nos preguntemos hasta qué punto, 'logros' que tenemos que agradecer, en vez de potenciarnos, **nos suplen**. Como dice **Iván Illich** en su libro *La convivencialidad*: *“Esta sociedad hace cada vez cosas más útiles para gente más inútil”*.

Pues bien, después de estas dos anécdotas podemos entender mejor el aviso de Jesús a propósito de la **codicia**: ‘la vida del hombre no está asegurada por sus bienes’. Por mucho que yo pueda tener, no tengo asegurada mi vida. ¡Eso es evidente! Pero es que a lo mejor me convierto en un ser más frágil, más dependiente: **protésico**.

Y sigue Jesús: *“Y les dijo una parábola: «Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: "¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?". Y dijo: "Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea”. ¡Toma ya: date la vida padre! “Pero Dios le dijo: ¡Necio!, esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?”*”.

En un velatorio de gente sencilla, siempre sale el comentario: *“Es lo mejor que Dios ha hecho: 'toos' nacemos en cueros, y 'toos' nos vamos sin 'na'...”*, lo cual es muy cierto. ¿De

qué nos sirve todo lo que acumulamos? ¡Porque no está asegurada la vida con la hacienda! Y esto es evidente. Por eso puede preguntar sencillamente: **¿Qué os parece?** El **Ev** es pura lucidez, no un 'come-cocos'. Es animarnos a que nos atrevamos a usar nuestra inteligencia, a pensar..., y lo que es más difícil, a sacar conclusiones.

Esta constatación pone en entredicho toda una vida basada en la codicia y en la acumulación. Por eso Jesús comenta que la reacción de Dios no se remite a los niveles de “moralidad”, sino de “estupidez” del ser humano: la calificación que merece esta actitud en la vida es, sin más, una *necedad*. Pero Jesús va más lejos y no anula esta tendencia a la acumulación, sino que la reorienta: Así de necio es el que *acumula tesoros para sí, y no se enriquece en orden a Dios*. Pero, ¿qué significa 'enriquecerse en orden a Dios'?

Mira por donde, uno de los papeles que debería tener el **Ev** en nuestro Primer Mundo es el de ‘desentontecerlo’. Hemos 'sobrenaturalizado' tanto el **Ev** que todos lo perciben como algo del “otro mundo”, y nunca fue del “otro mundo”. ¿Acaso no tendríamos todos que escuchar que vale más la vida, la relación desinteresada con los demás, que la obsesión por acumular, por competir, que lo único que consiguen es aislarnos...? No son cosas “sobrenaturales” a las que nos remite, sino a que 'ganemos la vida', a que no la perdamos: por eso puede preguntar “¿Qué os parece?” **¡A lo mejor el Ev es verdad!**

El problema es que a veces estamos tan fuera de la realidad que no tenemos datos. He tenido el privilegio de estar rodeado de personas que no podían darle la espalda a la realidad al tener que 'buscarse la vida'. Al volver de América, tres años después, iba encontrándome con antiguos vecinos, y en cinco ocasiones surgió el siguiente comentario: “*¿Te acuerdas, Adolfo, lo a gusto que estábamos en..?.*”, y aludían a alguno de los tres suburbios por donde habíamos pasado. Hay que subrayar que en dichos suburbios las condiciones eran pésimas: en dos de ellos no había servicios ni agua corriente en cada vivienda y el tercero era un verdadero frigorífico en invierno y un horno en verano. Pues bien, el comentario surgía de vez en cuando, y yo siempre preguntaba: “*Y ¿por qué?*” La respuesta era siempre la misma: “*Adolfo, acuérdate que allí todos contábamos con todos, teníamos las puertas abiertas y nos fiábamos unos de otros...*” Echaban de menos la necesaria convivencia que en zonas muy pobres se da.

Pero una de estas personas, Teresa, no se conformó con la respuesta que todos daban y siguió: “*Tú te acuerdas que todos estábamos pendientes unos de otros. Cuando yo por la mañana abría la puerta de mi casa a las 7.30 para despedir a mi marido -era un gran ferrallista que nunca le faltaba trabajo-, si veía la moto del Kiki en su puerta, sabía que ese día no tenían nada que comer.*” El Kiki tenía cinco hijos y trabajaba en lo que después llegó a ser Mercagranada. Allí acudía de madrugada personas para descargar camiones. Como es natural, ni se sabía cuántos camiones iban a venir cada día ni cuántos iban a estar esperando. El Kiki salía a las tres y media de la mañana, y no siempre era seguro que iba a encontrar trabajo. Por eso, Teresa, si a las 7.30 estaba la moto en su puerta es que no había tenido trabajo.

Pues bien, la buena mujer siguió: “*A la hora de comer, como sus hijos estaban jugando en la calle con los míos -ella tenía dos más pequeños- los llamaba a todos y comían en mi casa, y el matrimonio se buscaba la vida.*” Más limpieza no puede darse. Pero siguió: “*Pero ahora, como nos han dado un piso -ya vivían en el Polígono de Cartuja-, ¿cómo no vas a tener un tresillo, un mueble bar...?, y estoy más pendiente de las letras, que de lo que les*

pasa a mis vecinas...” La descripción no puede ser más realista. El problema es que nosotros consideramos un logro imprescindible la 'vivienda digna' que una vez alcanzado ya está todo resuelto, y aquella mujer añoraba una solidaridad y convivencia que habían desaparecido. ¿Qué versión es más humana?

El problema, sin embargo, está en que concibamos estos interrogantes como 'disyuntivos', cuando siempre tendrían que ser complementarios. Nadie pone en duda la necesidad de una vivienda 'digna', pero ahí nos paramos. Esta buena mujer, sin embargo, echaba de menos una convivencia que daba más respuestas y llenaba más que la preocupación atosigante de unas 'letras' que convertían el pasado en algo pendiente: ¿no es eso la hipoteca?

Pero sigamos con el **Ev**. Justo después de este párrafo en el que nos advierte que tengamos cuidado con la **codicia** que nos habita, sigue Jesús: *“Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?...*

Es importante no aislar los distintos párrafos del **Ev**, pues podemos convertir algo profundo en una majadería. Tal es el caso del párrafo que acabamos de citar y que en las distintas ediciones de la Biblia viene subtítulo como **“Abandono en la Providencia”**. ¡Este párrafo no está desconectado de lo anterior, es decir, de la problemática de la codicia! *“Por eso os digo...”* Si fuese verdad que aquí cambiaba de tema, animando a un 'abandono en la Providencia', sería un párrafo que no podríamos leer en tantas partes del **Tercer Mundo**. Sería una estupidez, por no decir una crueldad, decir a unas personas que no tienen qué llevarse a la boca que no se preocupen “qué comeréis... ni con qué os vestiréis”. Es la primera preocupación, la más urgente que tienen. Y es que este párrafo es un comentario a la necesidad de la “codicia” que no puede “asegurar la vida”.

Una de las muchas cosas que debo a mi larga convivencia con los gitanos y en ambientes muy pobres, es lo que he aprendido en este tema de la pobreza (¡cuando es pobreza real, no marginación!). En los primeros barrios en los que vivimos, siempre me impresionaba cuando iba en busca de alguien y me decían con toda naturalidad: *‘No está, ha ido a buscarse la vida’*. Es decir ellos no la tenían asegurada, y eran capaces de vivir contentos. Es cierto, los que tienen que buscarse la vida, ¡¡¡no están preocupados!!! Los que tienen mucho acumulado, ¡¡¡sí!!! Se vive sin preocupaciones cuando todos los días hay que buscarse, y, por tanto, toda la energía hay que ponerla en dicha búsqueda. Pero cuando me empeño en tenerla asegurada, mi preocupación será constante, porque eso es imposible: *“porque, aún en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes...”*

No es casualidad que lo que Jesús quiso que pidiésemos en el Padrenuestro sea *“el pan nuestro de cada día, dánosle hoy”*, no que nos ‘asegure’ el de toda la vida... ¡¡¡Se nos pondría duro!!! Cuando nos apoyamos en cosas que no pueden dar la seguridad que nosotros les pedimos, estaremos preocupados. Y es que parece que el único apoyo seguro es Dios: Él es nuestra 'Roca', término que se repite en el **AT**.

En este contexto puede darnos luz lo que Juan, conserje de la Escuela de Maestría de Granada a finales de los años 60, un hombre “sabio”, me decía: “El dinero, debe ser como los zapatos: **justico**”. Vas a comprarte unos zapatos: siempre te los pruebas, te pones de pie, intentas buscar distintas posturas para ver si se ajustan a tu pie, pues si te quedan grandes,

salen ampollas e incluso si corres se te pueden salir, pero si te están pequeños, tenemos que tirarlos.

El dinero, claro que lo necesitamos, pero el “justico”. Hay que cubrir las necesidades básicas, no desencadenar “alucinaciones” que llegan a angustiarnos, al mismo tiempo que me encierran en mí mismo, provocando una auténtica “adoración” idolátrica, como veremos, que imposibilita la apertura a Dios y a los hermanos.

Y termina diciendo: *“Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura”*. El “Reino de Dios” empieza a estar presente cuando posibilitamos objetivamente la fraternidad desde la “justicia” y podemos fiarnos unos de otros. Cuando en un grupo humano hay confianza y no competitividad, la ayuda es recíproca y todo el mundo cuenta con todos: el “compartir” es espontáneo. En la **Introducción** avisábamos que cada **Bv** tocaba un problema (que toda persona tenía) y avisaba de una trampa que si caíamos en ella imposibilitábamos objetivamente la fraternidad. Pues bien, esto es lo que aquí dice Jesús: si lo que buscamos es esa fraternidad (*el reino de Dios y su justicia*), nuestra seguridad estará más garantizada que si lo ponemos en lo acumulado. Si puedo contar con los que me rodean no me moriré de hambre...

Pero veamos lo que Mateo añade en este pasaje (6, 36): *“Así que no os preocupéis del mañana”* (lo que más nos angustia, el futuro); *el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal*”. Es la renuncia a una “seguridad” que no es posible garantizar. El futuro no está en nuestras manos: en el futuro no se puede “buscar la vida”, sí cada día...

Si la riqueza, en cuanto acumulación, no nos puede dar la seguridad, la riqueza compartida si nos puede salvar. Veamos lo que plantea Jesús en Lc 16, 1-12. La parábola es “escandalosa”. El administrador alabado no tiene nada que envidiar a cualquier espabilado especulador financiero de nuestra época. Pero ¿por qué es alabado?; porque había obrado *astutamente*, *“pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz”*. Astucia es exactamente lo opuesto a necesidad, que es lo que nos estaba llamando en la cita de la “codicia”. ¡Hay que espabilarse!

Pero ¿en qué consiste la astucia que alaba 'su señor'? Observemos que el calificativo que da al administrador es el de 'injusto', por tanto no es el personaje el que es encumbrado, sino su 'espabilamiento'. En efecto, se alaba su agudeza al descubrir que el dinero (en este caso no es el suyo: por eso se le denomina 'injusto') da más seguridad compartiéndolo que acumulándolo. Dicho de otra forma, tiene más futuro y da más seguridad la solidaridad que la acumulación. El que acumula se queda solo, el que comparte, 'lo reciben'. En efecto, por eso termina diciendo: *“Yo os digo: Hacedos amigos con el Dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las moradas eternas”*.

La frase no puede ser más clara: el Dinero, en cuanto acumulación, es injusto. La riqueza, hemos dicho, está para dar vida -no para pudrirse-; y da vida, compartiéndose. Este compartir tendrá numerosas concreciones, una de las cuales puede pasar por la necesidad de “capitalización” para posibilitar una infraestructura necesaria para potenciar el rendimiento y crear de este modo más riqueza que “repartir”. Pero el caso es que posibilite vida, no acumulación-escasez.

La llamada al despabilamiento con el “Dinero injusto”, tiene una especial aplicación a nuestra situación de Primer Mundo, en el que la riqueza tiene más una función ostentosa y derrochadora que humanizadora y de vida. Esto, por otro lado, está creando unas diferencias tan insultantes como ostentosas: el Primer Mundo es el gran **Escaparate** que el Tercer Mundo contempla, sencillamente porque el Primer Mundo necesita despertar unas “necesidades” alucinatorias en quienes no tienen satisfechas las vitales, para terminar de exprimirlos. Pero este fenómeno parasitario o de succión, como prefiramos llamarlo, crea una descompensación que termina reventando. El final que la carta de Santiago augura para los ricos, puede convertirse en una trágica previsión: “... *habéis engordado para el día de la matanza*” (cf. Santiago 5, 1- 6). ¡Más nos vale espabilarnos y hacernos amigos con el Dinero injusto -repartiéndolo-, como hizo el administrador aquel, si queremos salvarnos!

Pero veamos cómo sigue Jesús profundizando en el problema. Ahora vamos a entender el alcance de la Tentación de Jesús en el desierto. Sigue Lucas (16, 13): “*Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero*”. Ahora es cuando comprenderemos por qué la tentación del desierto Jesús la interpreta como una idolatría.

Jesús nos ha dicho más arriba que “con la abundancia de bienes (la acumulación) no tenemos asegurada la vida”; ahora nos dice que *no podemos servir a Dios y a las riquezas*. Es decir, por la “codicia” nos dedicamos a acumular bienes creyendo que con su abundancia aseguramos la vida y, por otro lado, nuestra fe en Dios pretende expresar que en Él nos apoyamos, que en Él ponemos nuestra ‘esperanza’. Con esta afirmación, Jesús desenmascara este sin sentido: no se puede poner en dos sitios la propia seguridad.

En efecto ¿qué significa preguntarse a quién servimos? A lo que nos entregamos, lo que nos preocupa, lo que nos ‘ocupa’ la vida. En el contexto en el que Jesús lo dice tiene más fuerza que en el nuestro: el siervo dependía de su señor, en él estaba su seguridad. Por eso Jesús usa el verbo “servir” en vez de “creer”, En vez de decir que no se puede ‘creer’ en Dios y en el dinero, dice que no se puede ‘servir’ a estos dos señores. Si hubiese usado el verbo *creer*, todos con rotundidad aseguraríamos que sólo ‘creemos’ en Dios, pero al usar el verbo *servir* desenmascara cinismos que no estamos dispuestos a reconocer.

El sentido de servir en el **Ev** es de dedicación total. Recordemos el Salmo 123: “*A ti levanto mis ojos, tu que habitas en el cielo. Lo mismo que los ojos de los siervos miran a las manos de sus señores...*” ¿Cómo sabré a quién sirvo? Donde están mis afanes, mis preocupaciones, mi sentido, y eso es lo que me da seguridad. Pero ¿dónde está mi seguridad? Donde me apoyo, donde pongo el pie. Y ¿cómo sé yo en qué me estoy apoyando? Cuando algo que se tambalea, me tambaleo yo. Si es en lo económico, será la preocupación económica la que ocupará mi mente, porque aquello en lo que me apoyo -lo que me da seguridad-, eso es mi ‘dios’.

Pero sigamos leyendo (Lc 16, 14-15): “*Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos (muy creyentes), que eran amigos del dinero (¿nosotros no lo somos?), y se burlaban de él,*” (se cachondeaban de Jesús) ¡Cuántas veces nos hemos cachondeado de Jesús! “*Y les dijo: Vosotros sois los que os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es estimable para los hombres, es abominable ante Dios*”.

Nos las damos de “creyentes” y al que estamos sirviendo es al dinero. Cultivamos una exquisita “vida espiritual”, pero nuestras preocupaciones están en las finanzas. Y aquí conviene aludir a un problema: el ateísmo de nuestro Primer Mundo.

Leyendo hace tiempo el artículo de un teólogo indio, de repente me encontré con la siguiente frase: “*Todo discurso sobre Dios debe partir del politeísmo*”. Me extrañó la frase leída desde un Primer Mundo en el que no se cree ni en “un sólo Dios”. Sin embargo seguí leyendo y caí en la cuenta que aquello no sólo era válido para la India, donde hay muchas “religiones”, sino especialmente para aquí. El ser humano no puede vivir sin ‘dioses’, porque como hemos visto, según Jesús, el dios de cada hombre es aquello en lo que pone su seguridad, en lo que se apoya. Lo de menos es el nombre que le pongamos. Lo importante es que en esa “realidad” a la que nos remitimos encontramos seguridad y el aliciente de la vida hasta el punto de darle ‘sentido’.

Esto supuesto, el problema del hombre siempre ha sido y será el politeísmo (no el ateísmo): ¿dónde ponemos nuestra seguridad? El problema es que ni nos preguntamos qué nos parece, si realmente aquello da seguridad, sentido... ¿Es roca firme o tiene los pies de barro? El dios Dinero ante el que se postra nuestra sociedad “desarrollada”, está pendiente de un hilo. La “Gran Economía” no tiene apoyo en sí misma.

Pero volviendo al problema del “ateísmo” del Primer Mundo, habría que decir que ¡menos mal que se confiesa ateo! La tragedia sería que se confesase “creyente”, sirviendo al dios-Dinero. ¡Nunca nos quejemos de eso! Únicamente, tengamos el valor, los que nos llamamos creyentes, de hacer una lista de nuestros dioses y ver hasta qué punto es verdad que creemos en el Dios vivo o más bien servimos y nos apoyamos en otras cosas que nunca se nos ocurrirá llamar dioses, pero son las que nos preocupan, por las que nos afanamos (servimos como esclavos), las que nos angustian cuando nos faltan o se tambalean.

Y ahí, lo que te da sentido, lo que dinamiza tu vida, en lo que te apoyas, a lo que tú sirves y entregas tu vida, lo que te preocupa, ¡ése es tu dios!. Pero resulta que hay un sólo Dios verdadero. Esto es lo que plantea la fe judía: un Dios “verdadero” entre dioses “falsos”. El Antiguo Testamento siempre está hablando de dioses y el único Dios ni siquiera lo nombra... Y es que hay dioses “a espuestas”. El hombre es fabricante de dioses (**ídolos**) y continuamente tiene que estar **convirtiéndose** de los “ídolos” al Dios “vivo”. Nuestra tragedia de “creyentes” es, posiblemente, que sólo hablamos del Dios en el que “*creemos*”, y nunca nos preguntamos por los dioses a los que “*servimos*”.

El hombre está abierto al Absoluto, le guste o no le guste, lo acepte o no lo acepte. Y si no se abre al Absoluto, absolutizará lo que sea (dinero, prestigio, imagen, placer, patria, ideología...) Y ¡tiene que absolutizar!, porque tiene que apoyarse en algo. El problema es que todo aquello que absolutiza, **dioses**, “tienen ojos y no **ven**, tienen oídos y no oyen...” (Sal 115). Pero le angustia intuir que “no por eso tiene asegurada su vida”... ¡¡¡Necesita que alguien le diga: Necio, Tonto!!!

La fe de Israel gira toda en torno a que ‘Yahvé es mi Roca’ (la roca da una imagen de solidez, firmeza: me puedo apoyar en ella). El problema es *dónde pongo mi seguridad*, porque parece ser que, donde uno pone su seguridad (tesoro), ahí es donde está su valor supremo (corazón), ahí es donde está su Dios: la ‘roca’ donde se apoya.

Pero sigamos con el capítulo 16 de Lucas. Después de echarles en cara a los fariseos que se tienen por “*justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones...*”, les dice: “*La Ley y los Profetas llegan hasta Juan, desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él*”. Este Reino de Dios requiere “esfuerzo” y nadie puede dar por supuesto que lo tiene asegurado, sino que hay que “entrar”.

Esto es lo que nos describe la célebre parábola del “rico Epulón y el pobre Lázaro”. (Lc 16, 19-31): La situación de aquellos dos “creyentes” se desenmascara al final. Lázaro y el rico nos dramatizan sociológicamente la “necedad” del de los graneros. No sólo es un problema de despiste individual sin sentido, -¡lo que acumuló no le aseguró la vida!-, sino que en este caso se nos describe las consecuencias de esa acumulación: pudo banquetear y pasarlo bien, pero a su puerta yacía, cubierto de llagas, el pobre. Es la situación dramática de un Tercer Mundo a la puerta del Primer mundo, deseando “*hartarse de lo que caía de la mesa*” de nuestro “desarrollo”. El final no es nada halagüeño para el rico. Es decir, no sólo no le aseguraron la vida, sino que las consecuencias no quedaron ahí.

Pero hay algo que diferencia la parábola con esa equiparación entre Primer y Tercer Mundo: Lázaro no veía nada de lo que ocurría dentro, se lo tenía que imaginar. Hoy día es todo lo contrario: si algo llega al Tercer Mundo son las imágenes. ¡Somos puro escaparate! No sé si las 'ayudas' que se envían llegan y, menos aún, quién las disfruta, pero lo que sí llega es el 'escaparate'. Un escaparate que alucina y acompleja.

Lo peor del Primer Mundo es que es infeccioso. Si el callejón sin salida en el que nos metemos con nuestras insaciables codicias se agotase en nosotros, ¡en el pecado llevábamos la penitencia! El problema es que somos infecciosos. ¡Y a distancia! Eso es lo más eficaz y grave de la globalización: los medios de comunicación (que sí llegan a todas partes), ostentan nuestros 'logros' que lo único que provocan es exacerbar deseos y acomplejar. Saldrá más adelante este problema.

Quiero fijarme en dos detalles de la parábola: el ‘abismo’ que los separa y que es infranqueable. De hecho ya lo era en vida: el pobre no podía atravesar aquel “portal en el que yacía cubierto de llagas”. Ahora aquella situación se perpetua al revés: “*Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tu atormentado*”. Sorprende que lo llame “hijo”, pero esta denominación concuerda con las “Malaventuranzas” de Lucas. Allí no dice “malditos vosotros los ricos”, sino *¡Ay de vosotros los ricos!* Es un grito de angustia. A Dios Padre le duele la estupidez y pérdida del rico. “*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta*”

El segundo detalle que quiero destacar es el final. Ante la súplica del rico de que alguien vaya a avisar a su hermano, el “padre Abraham” le responde: “*Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite*”. Si nos fijamos, Moisés y los profetas no dicen nada del otro mundo, sino que intentan desenmascarar el cinismo del ser humano. La respuesta del ser humano, para que sea humana, tiene que surgir de las dos preguntas con las que Jesús presenta esa Buena Nueva del Reino: **¿qué os parece?** y **si quieréis...** El Reino no surge de asustados o amenazados, sino de convencidos y libres que deciden y se arriesgan.

Pero veamos hasta qué punto esto puede ser verdad (Lc 18, 18-27): El ‘joven rico’ que se acerca a Jesús y le pregunta: «*Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna? Le dijo Jesús: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”,* y Jesús lo remite a la ley, a los mandamientos. Él contesta: “*Todo eso lo he cumplido desde mi juventud*”. Jesús “*lo miró con cariño*” (comenta Marcos) y le dijo: “*Aun te falta una cosa: todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme*”.

Merece la pena detenerse en la escena. Este hombre es una persona tan “piadosa” que puede decir sinceramente que “todo lo ha cumplido”. Más aún, según Marcos, Jesús lo miró con cariño: se ilusionó ante su actitud de búsqueda. Jesús percibe la oportunidad de que él mismo descubra que toda su ‘fidelidad’ no acaba de darle respuesta, de llenarle, y poder de este modo enfrentarlo a la verdadera “espiritualidad” de los profetas (cf. Isaías 58: el verdadero “culto”). Pero es él el que tiene que descubrirlo: el fiel cumplimiento de la Ley no le da respuesta, porque estará “creyendo” en Dios, pero “sirviendo” al Dinero. Por otro lado, observemos que lo que le sugiere no es que sea más “pobre” “vendiéndolo todo”, sino que lo “reparta a los pobres”, que no es lo mismo: es posibilitar con su riqueza acumulada que todos puedan vivir. Esto es “escuchar a los profetas”. No es una absolutización de la pobreza en cuanto tal (le hubiese dicho: “Vete y quema todo lo que tienes”), sino posibilitar que la riqueza responda para lo que está: para dar vida, no para pudrirse acumulada. Por otro lado ¡es delito destruir riqueza!

El desenlace, en este caso, no puede ser más deprimente. Dice el **Ev** que “*el joven se puso muy triste, porque era muy rico*”. ¡Si hubiera sido menos rico, se hubiera puesto menos triste! En efecto, no hay más preocupación y angustia que entre los muy ricos. Proteger lo acumulado es un suplicio y lo único que genera es la actitud defensiva y el aislamiento. Y eso es angustioso. Es una situación que nunca posibilita la alegría, sino la preocupación y la tristeza. Los muy ricos a lo más que llegan es a *divertirse*, porque la diversión se compra, pero son incapaces de crear *fiesta*. ¡La fiesta se 'hace', se 'vive' y se 'comparte', nunca se compra!

Esta reacción me lleva a compartiros una constatación, que percibo como una ley que nunca falla, como la ley de la gravedad. En sitios muy pobres donde apenas se sobrevive, donde la gente no tiene nada, se comparte todo. Pero cuando esas mismas personas elevan su nivel de vida, ya no pueden compartir... Es decir se imposibilita el Reino objetivamente. ¿Es así o no?

Estaba yo en un velatorio, dice uno sacando un billete de lotería: “Pasado mañana voy a ser millonario, me va a tocar, y voy a repartir...” Quería solucionar todos los problemas. Y le contesta otro: “entonces no te toca...” Evidente, siempre es así: uno no tiene nada, lo comparte todo. Tiene algo, ya comparte menos. Tiene mucho, **ya no puede compartir**, tiene que defender lo que tiene.

Pero sigamos con el **Ev**. La huida del joven rico lleva a Jesús a hacer un comentario tremendo, porque en el momento en el que lo hace suena a constatación: “*¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios*”. En efecto, ese Reino de Dios empezamos a vivirlo en la medida en que compartimos como hermanos, y, como veremos, en esta **Bv** nos dice que es de los “pobres de espíritu” (Lucas, sólo habla de “pobres”). ¿Qué

sentido tiene el añadido de Mateo? Las secuencias de la escena son las siguientes: el **muy rico** se va **muy triste** y, a renglón seguido Jesús comenta: **¡Qué difícil es que un rico entre en el Reino de Dios!**

Los que hemos tenido la suerte de vivir en zonas muy pobres, lo que más nos sorprendía era la alegría que reinaba, en medio de unas condiciones tan duras: se organizaba una fiesta, en la que todos eran protagonistas, con ocasión de cualquier acontecimiento sencillo. Ahora la cosa es muy diferente. En el Primer Mundo no podemos hablar de pobreza en el sentido de carencia. En el barrio en que vivo, que “oficialmente” es el más pobre de Granada, me encuentro en los contenedores barras de pan enteras, ropa en buen estado tirada... Hoy tenemos que hablar de marginación, que no es lo mismo. El pobre es un gigante, el marginado está hecho polvo.

¡Cuántas veces me he encontrado con antiguos vecinos del suburbio, ahora bien situados -casa, coche, etc...- que me comentan: “Y lo a gusto que estábamos en Santa Juliana!” (un barrio donde no había ni agua corriente, ni servicios), y al preguntarles yo por qué, siempre me responden: “Acuérdate que allí todos nos ayudábamos y podíamos fiarnos unos de otros. Ahora cada uno va a lo suyo y a ver si ‘es’ más que el otro”. Echan de menos aquel poder contar unos con otros, en el que se disfrutaba la vida porque se compartía. En este Primer Mundo (aun en crisis), tenemos de todo, pero estamos solos; nos sentimos más autónomos, pero estamos aburridos, somos incapaces de hacer una fiesta (‘estamos preocupados’), tenemos que comprar “diversión”, que no nos llena. No hay alegría sino recelo y competitividad. Estamos más pendientes de una ‘seguridad’, que nunca será total, que de **vivir**.

Pero sigamos con el **Ev**: “*Los que lo oyeron, dijeron: ¿Y quién podrá salvarse? Y les respondió Jesús: “Lo imposible para los hombres, es posible para Dios”*”. Dios siempre apuesta por la salvación del hombre, y se pone de su parte para posibilitarla, aunque no la puede imponer: no sale corriendo detrás del rico que se va triste para convencerlo...

Pero si esta escena nos deja desolados ante la estupidez del hombre de no ser capaz de desprenderse de aquello que lo único que hace es ‘preocuparle’, tenemos la escena contraria en el caso de Zaqueo.

En efecto, Zaqueo (Lc 19, 1-10), es el reverso del que se va “muy triste porque era muy rico”. Zaqueo es un rico que se libera, que reparte entre los pobres, que restituye a los que había defraudado. Y ahí sí que hay alegría, al contrario del ‘joven rico’. Zaqueo era muy rico, pero se le abrieron los ojos, se espabiló y el día en que se anima a compartir, ese día “*ha llegado la salvación a esta casa*”, y con ella la alegría, la fiesta. La diversión es privada, la fiesta es de todos. ¡Esto es experimentar la primera **Bv**!

Aquí constatamos, una vez más, que Jesús no ‘optó por los pobres’ -porque lo era-, sino ‘por el ser humano’, por todo ser humano, pero desde abajo, para liberarlo de la trampa de una codicia que lo único que sabe es acumular. Zaqueo no era un cualquiera, era recaudador de impuestos (hoy día podíamos meter ahí a todo ese mundo que se ha dado en llamar ‘ingeniería financiera’), y quiere ver a Jesús, y éste le sale al encuentro, se invita, y “*come con publicanos y pecadores*” (cf. Mt 9, 9-13 y Mt 11, 18-19) como también come con Simón el fariseo, que era rico. No opta por los pobres, sino porque el hombre se salve, pero esto sólo se puede hacer **siendo pobre**.

La 'autoridad' de lo que se dice no está en la elocuencia, sino en la vida. Descubre, y nos invita a descubrir personalmente, que la situación de pobreza 'espiritual' (de **no codicia**) es más humana, más libre, para compartir con los demás (*“daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más”*) y desde donde hay posibilidad de abrirse al Dios vivo, porque no está uno postrado ante ningún ídolo (el **dinero**) en el que pone su seguridad.

2. 2. La pobreza como lugar de revelación del Espíritu

Pero nos encontramos con textos en los que aparece la pobreza, en cuanto 'no acumulación', como posibilidad de encontrarnos con el Espíritu, como 'liberación'.

En Lucas (4, 16-30) se nos describe la escena de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Al terminar de leer el profeta Isaías dice: *“Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”*. Jesús se identifica con aquel texto: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”*. Es decir, aquí encuentra Jesús plasmada su misión. Pero vayamos a un pasaje de Mateo en el que aparece en el trasfondo esta “misión” constatada en la vida de Jesús.

Mateo 11, 1-6, nos cuenta cómo los discípulos del Bautista preguntan a Jesús *si es él el que tiene que venir o tienen que esperar a otro*. La respuesta es importante porque en ella Jesús expresa su identidad que coincide con la misión del Siervo de Yahvé de Isaías, que acabamos de citar. *“Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva: ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!*

Después de lo visto anteriormente, podemos entender el sentido de la frase: *se anuncia a los pobres la Buena Nueva*. No es que se les anuncia sólo a ellos (¡se anuncia a todos!, como hemos visto), sino que sólo ellos son capaces de percibir este 'anuncio' como 'Buena noticia', porque los ricos, o se *“burlan”* o se van *“muy tristes”*...; pero *“lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”*. Nadie queda excluido, pero avisa seriamente del peligro de la riqueza en cuanto acumulación, pues se convierte en un dios ante el que nos postramos y ante el que se 'sacrifican' tantos seres humanos. Lo que sí es verdad es que para hacer este anuncio hay que estar entre los “ciegos”, los “leprosos”, los “sordos”, los “pobres”, pues sólo desde ahí se puede anunciar la Buena Nueva a todos. Volviendo al texto de Isaías, ahí se manifiesta el **Espíritu del Señor**.

Lucas (14, 7-14) nos presenta a Jesús en otro convite, esta vez con un fariseo rico. Lo que sorprende en escenas como ésta, en las que había gente importante, es su libertad y humor. En efecto, hay que tener ambas cosas para que ante la cómica lucha por la “honorabilidad” a la hora de sentarse a la mesa, les sugiere no hacer el ridículo buscando los primeros puestos, pues puede venir alguien más importante, y, avergonzados, tener que sentarse en el último lugar. Hay que ocupar más bien el último lugar y *“cuando venga el que te convidó, te diga: ‘Amigo, sube más arriba.’ Y esto será un honor para ti delante de todos...”* El consejo no puede ser menos “sobrenatural”, y sin embargo es verdad que en algo tan trivial se esconde una postura que puede tener consecuencias hasta trágicas. Sorprende la

capacidad que tiene Jesús de descubrir en las cosas de la vida ordinaria, dinámicas decisivas para el **Reino**.

Pero lo que más nos interesa de esta cita para nuestro tema es lo que sigue: *“Y dijo también al que le había invitado: Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso porque no te pueden corresponder, y se te recompensará en la Resurrección de los justos”*. Si la primera advertencia estaba cargada de humor, esta desborda libertad de espíritu. ¡Decirle al que le ha invitado a quién debe invitar otra vez, suena casi a insolencia! Pero en esta “insolencia” late esta **Bv**: *serás dichoso*. Una vez más empieza por los últimos: los primeros invitados en nuestro compartir deben ser los pobres, y da la razón: *porque no te pueden corresponder...*

En efecto, los pobres nos abren a la **gratuidad**, porque no nos pueden dar nada 'material' a cambio. Cuántas veces he oído a personas que con generosidad indiscutible trabajan en zonas deprimidas: “¡No se puede hacer carrera con ellos!” Podemos buscar en los últimos un medio para “medrar” a costa de “trofeos”; cuando no conseguimos ninguno, porque no pueden devolver nada, tiramos la toalla. Pero es entonces cuando empieza la gratuidad, que es lo que nos abre a Dios. Por eso mismo, el contacto con ellos nos libera de nuestros “intereses” y nos abre a la gracia.

En resumen, los pobres, la **pobreza de espíritu**, en cuanto dominio de toda **codicia** (de acumulación, consumo, ostentación) es un lugar de revelación, de encuentro con el Espíritu.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO

Las primeras comunidades cristianas son la confirmación de lo que llevamos dicho. De hecho los pobres son los que acogieron el mensaje de Jesús como **Buena Noticia**. Esto es lo que describe Pablo (I Cor 1, 26-31): *“Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados. No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios: lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Es un hecho al que Pablo remite y de ahí deduce el 'estilo' de Dios: nos encontramos con Él en la debilidad, no en la prepotencia.*

Hace años me sorprendió una cita de Celso, filósofo romano, que encontré en un artículo de **C. Duquoc** en la revista *Concilium*. El texto es interesante, no sólo por su contenido, sino sobre todo por el tiempo en que se escribe: finales del siglo segundo. He aquí la cita: *“Hacia el año 180 de nuestra era, el filósofo Celso escribía acerca de los cristianos: He aquí algunas de sus máximas: 'Lejos de este lugar todo hombre que posea alguna cultura, sabiduría o juicio; malas recomendaciones son éstas a nuestros ojos. Pero todo el que sea ignorante, corto de entendimiento inculto o simple de espíritu, acérquense sin miedo a nosotros'. Al reconocer que tales hombres son dignos de su dios, muestran bien a las claras*

que no saben ni quieren ganarse sino a los bobos, las almas viles y los imbéciles, esclavos, mujeres pobres y niños.

Celso constata que la composición social del grupo cristiano ilustra su ideología: '¿Qué vemos entre los cristianos? Cardadores de lana, zapateros, bataneros, gente de la mayor ignorancia y carente de toda educación...!'

Celso anota una paradoja aún más extraña: 'Dondequiera que se proclame solemnemente el nombre de Dios, se oye exclamar: 'Acérquense sólo aquellos que tengan las manos puras y la lengua prudente'. O también: 'Venid los que estáis indemnes de todo crimen, cuya conciencia no está oprimida por remordimiento alguno, los que habéis vivido bien y justamente'. Entre los cristianos nada hay parecido, pues esto es lo que anuncian: 'Todo pecador, todo el que carezca de inteligencia, todo el que sea débil de espíritu, en una palabra, el miserable, que se acerque, pues le pertenece el reino de Dios!''

Impresiona la descripción de Celso a finales del siglo II. Todo seguía como en los comienzos. ¿Qué habremos hecho para que en los países “cristianos” del Primer Mundo la constatación sea la contraria? Y digo en el Primer Mundo, porque estando yo en Argentina, a mediados de los 70, hablando con un vecino del pueblecito donde vivíamos, me comentaba que todas aquellas tierras eran de un abogado que explotaba sin escrúpulo a los colonos que las cultivaban. Pues bien, para ponderarme lo “malo” que era, me dijo: “Ya ves tú si será malo, que ni va a misa”. En efecto, en aquel pueblecito los únicos que iban a misa eran los pobres; ni el médico, ni el boticario, ni el alcalde... Dicho de otra forma, la exclusión sociológica de los pobres que se da en nuestra “Civilización Cristiana” es blasfema, y habría que considerarla como el pecado más nefasto de la Iglesia a lo largo de los siglos, el haber comunicado el **Ev** de tal forma que se han quedado fuera los que estaban preparados para entenderlo.

Por otro lado, la descripción que nos presenta Hechos 4, 32-37, que expresa el resultado de un compartir que les llevaba a que *la multitud de los creyentes no tenía sino un sólo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad.* Y termina poniendo el caso de José.

Lo descrito es la consecuencia de combatir la acumulación, combate que empezaba por dominar la **codicia**: *nadie llamaba suyos a sus bienes*, y el compartir era *según la necesidad de cada uno*. En cada momento habrá que plantearse cómo concretar este control de la “codicia”, porque es el origen de todo desajuste.

Pero esta descripción se dice que está un tanto idealizada. Y para confirmarlo se alude al capítulo 2 de la carta de Santiago, donde nos encontramos con situaciones bastante parecidas a las nuestras (Sant 2, 1-7): *Hermanos míos, no mezcléis con la acepción de personas la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: 'Tú siéntate aquí, en un buen lugar'; y en cambio al pobre le decís: 'Tú, quédate ahí de pie', o 'Siéntate a mis pies'. ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos?*

Escuchad, hermanos míos queridos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¿En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos los que os oprimen y os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros?

La escena que pinta no puede ser más expresiva y, por desgracia, más corriente y repetida a lo largo de la historia. Lo que Santiago denuncia son las consecuencias de una acumulación (*riqueza*) que *oprime y menosprecia al pobre*. Como decíamos en la **Introducción**, cada **Bv** viene a plantear un problema que afecta a toda persona, y avisa de las trampas y tentaciones que dicho problema lleva consigo para posibilitar **objetivamente** la fraternidad. Aquí tenemos esto nada menos que escenificado.

Pero Santiago no se conforma con esta descripción tan realista y pasa a una denuncia, yo diría, que profética (Sant 5, 1-6). Es un ataque feroz a la acumulación que lleva a la opresión, al lujo, a la ostentación, que en el fondo está *podrida y apolillada*, porque ese es el final de todo lo que se guarda y no “da vida”, único sentido de la riqueza en cuanto bienes. Pero la frase final es la “profética”: “... *habéis hartado vuestros corazones para el día de la matanza*”.

Hace varios años leí unas declaraciones de un miembro del Banco Mundial, en las que avisaba muy seriamente del peligro de un crecimiento ilimitado que crease un distanciamiento cada vez mayor entre países ricos y pobres. Esto podía volverse contra el mismo “crecimiento”. Estamos creando un gigante con pies de barro, o engordando un cerdo “para el día de la matanza”. Hace tiempo me encontré con una viñeta en la que aparecía un mapamundi partido por la mitad: la mitad Norte era un cerdo que se estaba comiendo la mitad Sur. Lo único que faltaba era la fecha de la matanza... ¡Menuda matanza! La única alternativa que nos va a quedar, como no frenemos este desarrollo “canceroso”, es escoger en qué queremos terminar en esta 'matanza', si como morcilla, chorizo...

Ante estas descripciones contrapuestas (la de los Hechos de los Apóstoles y la de Santiago), en vez de plantearnos que una de ellas está idealizada, ¿por qué no podrían ser las dos verdaderas? En una ciudad medianamente grande, donde haya varias parroquias, ¿todas son iguales? ¿En todas la vivencia de fe y comunitaria es la misma? A lo mejor las dos realidades se daban, una más cercana a lo que nos plantea el **Ev**, y la otra, la que denuncia Santiago.

Pero pasemos a un texto curioso por el simbolismo que encuentro en él de cara a nuestro Primer Mundo (Hch 3, 1-6): “*Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona. Había un hombre, tullido desde su nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del Templo llamada Hermosa para que pidiera limosna a los que entraban en el Templo. Este, al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar en el Templo, les pidió una limosna. Pedro fijó en él la mirada juntamente con Juan, y le dijo: ¡Míranos! Él los miraba con fijeza esperando recibir algo de ellos. Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy; en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ¡ponte a andar! Y tomándole de la mano derecha le levantó. Al instante cobraron fuerza sus pies y tobillos...*”

¿Por qué traigo este texto? Si nos fijamos, al decirle Pedro *¡Míranos!*, seguro que se registró los bolsillos y le preguntó a Juan si él tenía algo para darle. ¡Pero no tenían!: “No

tengo plata ni oro...” Es decir, si llegan a llevar algo suelto, se queda cojo. Y este es nuestro problema: en nuestra sociedad todo tiene una “solución” económica, y nos exponemos a que como tenemos “oro y plata”, estemos obsesionados con comprar carritos de ruedas y ni se nos ocurra que a lo mejor podíamos hacer andar a los que queremos “socorrer”, y lo que hacemos es perpetuar su invalidez, cuando no hemos convertido en inválido al que no lo era.

Lo económico es la alucinación del Primer Mundo: es lo decisivo. ‘Sanear la economía’ es el primer deber de todo gobierno, sea del signo que sea. Alucinamos al creer que todo tiene una raíz y una solución económica. Y dejamos “coja” a la gente. ¡Cuántos proyectos, que ponían en juego a las personas en medio de su precariedad, se han venido abajo con las “subvenciones”! Y cuanto más sustanciosas, antes. La llegada de la subvención los convierte en un “cadáver”, en “carroña” a la que acuden “buitres”, de una ‘especie’ que no está precisamente en extinción en nuestro Primer Mundo.

Y es tal la alucinación (“postrarse y adorar”, decía el **Ev**) de lo económico (tener “oro y plata”), que llegamos a convencernos que es la clave de todo (un dios en el que ponemos nuestra seguridad). Así, ante el problema del paro en nuestras sociedades “desarrolladas”, -fruto de dicho desarrollo- la única preocupación es la económica: esta trágica realidad del paro, al parecer deja de serlo si hay medios económicos para mantener a los parados. Es más rentable sostener parados que dar trabajo. Pero esto es degradante, porque la persona “se hace”, “se realiza”, “se responsabiliza” en el trabajo. Estamos haciendo creer que se puede vivir del cuento, y estamos convirtiendo el paro en una posibilidad de vivir parasitariamente, que es lo mismo que convertirnos en vegetal. Volveremos sobre el tema en la 2ª **Bv**.

Luego nos encontramos con crisis que nunca vienen de la nada: si se gasta sin producir, al final falta. Pero hay una dimensión que las leyes económicas no tienen en cuenta: **es delito no responsabilizar**. El dinero ‘fácil’ siempre degrada. ¿No podíamos haber ideado un método de ayuda, pero responsabilizando? Todos conocemos abusos, o bien porque han sido denunciados o bien porque ‘ya se sabe’...

Mi permanencia en ambientes de pobreza-marginación desde 1966, me ha posibilitado presenciar actuaciones torpes en este campo por parte de la Administración, que siempre tienen repercusiones nefastas en la persona. En efecto, en el mundo de la marginación, que no sólo nos desconcierta, sino que nos culpabiliza, se dan casos llamativos de este tipo. Las distintas administraciones no saben cómo moverse en ambientes muy marginales. Y ¿es que alguien sabe hacerlo? No pretendo culpar a nadie, porque soy yo el primero que se pierde. O se los abandona por imposibles, o nos volcamos con ellos, haciendo cosas que con nadie se hace. Esto degrada a personas que eran responsables y se buscaban la vida donde nosotros creíamos que era imposible encontrarla.

Voy a poner un caso que ocurrió en el barrio en que vivo y puede aclarar lo que estoy queriendo decir. A consecuencia de unas inundaciones en Granada, el año 1962, fue necesario desalojar varios miles de personas que vivían en cuevas. A consecuencia de esta tragedia surgieron los llamados “Albergues provisionales”. Esta provisionalidad duró unos 15 años. Pues bien, en aquellos años, a todos los que vivían en dichas instalaciones, que ya podéis imaginaros su precariedad, se les denominaba ‘*albergados*’. En aquellos momentos toda la preocupación y ayuda hacia estas personas era poca y estaba más que justificada.

Fue pasando el tiempo y desaparecieron los tales 'albergues'. Todos terminaron en pisos y en principio volvió la normalidad. Pues bien, allá por el año 2004, ¡42 años después!, una persona de las que en el momento de las inundaciones tendría unos 7 años, comentaba a un asistente social: “Mire Ud., mi abuelo fue ‘albergao’, mi padre fue ‘albergao’, yo fui ‘albergao’, mi hijo es ‘albergao’, y mi nieto es ‘albergao’”. ¡Un título nobiliario! Esta persona no era así, pero le han hecho creer que 'tiene que ser cuidado' porque fue 'albergado'... ¿Quién desmonta esto? ¡Hemos convertido en 'inválido' al que sabía buscarse la vida donde nosotros no sabríamos encontrarla!

Pero sigamos con nuestro intento de concretar el reto de esta **Bv** a la situación de nuestro Primer Mundo, y nada mejor que el texto que sigue (2 Cor 8, 9): “*Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza*”. En el Primer Mundo el problema no es luchar contra la “pobreza”, sino contra la “riqueza” en cuanto acumulación. Una riqueza que nos “entontece” y “engorda”, que nos convierte en seres protésicos incapaces de dar vida, obsesionados por un consumo compulsivo. La cuarta **Bv** desenmascarará más esta dinámica sin sentido.

En efecto, el gran “enriquecimiento” que necesita el Primer Mundo es la “pobreza de espíritu” en cuanto **no-codicia**. Nunca la tentación de la codicia que todos llevamos dentro ha tenido tantas posibilidades de satisfacer su insaciabilidad. Hoy *Jauja* no es un “cuento”, sino una realidad, pero una realidad peligrosa. En efecto la pobreza, en cuanto carencia en sentido estricto, no la conocemos. El problema es una exuberancia que atosiga nuestra capacidad de elegir y acompleja nuestros “logros”. Siempre se nos exhibe algo que no tenemos y nos frustramos si no lo conseguimos.

Y es que lo que tenemos en el Primer Mundo no es pobreza, sino marginación, que no es lo mismo. Suelo decir que antes estaba rodeado de “gigantes” en mi barrio; ahora descubro un porcentaje alarmante de personas “hechas polvo”. El marginado es el desecho de una alucinación (se nos hace creer que todo es necesario y de no tenerlo, quedamos al margen). ¡Si alguien no alcanza un mínimo, que nunca se sabe cuál es, se siente acomplejado!

Como dice **Iván Illich**, *hemos perdido el gozo de la sobriedad*. Estamos convirtiendo la ostentación en una obligación. Esto nos lleva a prostituir el mismo idioma: por ejemplo, la palabra *digno*. En el Primer Mundo, “digno” si nos descuidamos lo que significa es lo contrario. ¡Cuántas veces, reformas costosísimas en casas religiosas -de mi orden, no estoy acusando a nadie- se “justifican” diciendo que aquello estaba “indigno”! Más aún, empeoramos la cosa cuando decimos algo más indecente: “esto estaba **tercermundista**”. ¿Nos imaginamos en el Tercer Mundo, echándoles en cara su “indignidad”?

El lenguaje nunca es inocente. Su único sentido es darnos acceso a la realidad con precisión. De no conseguirlo sería inútil. Suelo decir que 'tenemos la lengua sucia' (como se nos decía de niños cuando sacábamos la lengua ante el médico). En efecto, decimos indecencias. Según esta expresión, los euros convierten lo que era 'indigno' en 'digno'. Estas frases dichas con la mayor naturalidad reflejan nuestra degradación. ¡La dignidad depende del nivel económico! (Esta problemática volverá a salir en la octava **Bv**).

Después de todo lo dicho, ¿podemos poner en duda que **Jesús nos enriquece con su pobreza?** Pero no olvidemos que el sentido último de esta **pobreza de espíritu** es posibilitar una fraternidad objetiva. Esto es lo que les aclara a los de Corinto unos versículos después (2 Cor 8, 13). La pobreza evangélica no es fastidiarse, sino posibilitar la vida en los demás, posibilitar el reparto, la igualdad: *“No que paséis apuros para que otros tengan abundancia, sino con igualdad”*. Que podamos vivir, que el ser humano necesita poquísimos para vivir. Pero nos han hecho creer que si no tenemos muchas *prótesis*, la vida ya no es *digna*...

La propuesta de Pablo en esta llamada a que ayuden a comunidades más pobres que las de Corinto es clara: se trata de 'la igualdad'. Siempre me han impresionado consignas que han movilizado a masas y que no pasaban de la mera revancha. Una de ellas es “La vuelta a la tortilla”. La imagen no puede ser más expresiva: el huevo batido con las patatas fritas que se echa en la sartén con poquito aceite empieza a freírse. La capa del fondo se achicharra, la de arriba está 'calentita'. Esto, aplicado a reivindicaciones consiste en lo siguiente: que los que se están achicharrando (porque han caído abajo) dejen de estarlo porque un hábil 'cocinero' dé la vuelta a la tortilla, de tal forma que los calentitos empiecen a achicharrarse y los achicharrados a estar calentitos. El único detalle que no se explicita en este planteamiento es el siguiente: ¿cómo denominan los 'achicharrados' a los 'calentitos'? De 'hijoputas' para arriba. El logro, pues, de la 'vuelta de la tortilla' es, sencillamente, que ahora me toca a mí ser un 'hijoputa'.

El problema, pues, no es la simpleza de que cambien las suertes, sino la **igualdad**. Y siempre que hablemos de igualdad será para hacer posible la reciprocidad y mutua ayuda: siempre necesitaremos unos de otros. Esto, como iremos viendo, se traducirá en el mutuo servicio: ni los de 'abajo' pueden salir adelante sin los de 'arriba', ni los de 'arriba' sin los de 'abajo'. El problema está en querer vivir la realidad desde privilegios, prepotencias o sumisiones, y no desde la necesidad recíproca que siempre se traducirá en servicio mutuo e igualdad.

Me impresionó leer en *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, ante la terminología -que entonces estaba cobrando toda su fuerza- de 'derechas' e 'izquierdas', el interrogante que se hacía: *“Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral.”*¹ En efecto, no es ningún logro que me considere formar parte de la parte no 'hemipléjica', porque, por desgracia, tengo que arrastrar la enferma... ¡Es el cuerpo el que tiene que estar sano, no una parte!

Es interesante constatar cómo aquellos primeros cristianos habían captado aspectos fundamentales del **Ev**. Veamos cómo la carta a los Efesios entiende la “codicia” (Ef 5, 5): *“Porque tened entendido que ningún fornicario, o impuro, o codicioso (que es idolatría), entrará en el Reino de Dios”*. La dinámica de la codicia es idolátrica, porque apunta a poner nuestra seguridad en lo acumulado, es decir, lo convertimos en nuestro dios. Es una lástima que hayamos perdido esta convicción, y sigamos creyendo que podemos servir “a Dios y al dinero”

Lo que plantea la cita siguiente tiene más importancia de lo que podríamos pensar de cara al problema de la acumulación (Ef 4, 28): *“El que robaba, que ya no robe, sino que*

1 Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Ed. Austral, p 60

trabaje con sus propias manos, haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad". Es decir, el trabajo es una posibilidad para compartir, para ayudar, no una justificación para la acumulación. Sin embargo la mentalidad que tenemos no va por ahí. Comenta alguien a propósito de uno que tiene un gran capital: "Pues ese no se sabe lo que tiene", y dice otro: "Pues su trabajo le ha costado". Es decir, como no ha "robado", está totalmente "justificada" dicha acumulación.

Es decir, el que alguien por cualidades de inteligencia o habilidad, por oportunidades de formación, por capacidades que tiene, rinda su hora de trabajo 10 veces más que la de otro, no justifica la acumulación. Según el texto que acabamos de leer, el trabajo debe ser lo que sustituya el robo (el vivir parasitariamente es un robo siempre): toda persona tiene que 'buscarse la vida', y la forma honesta de hacerlo es trabajando. Pero el fruto de mi trabajo debe abrirse al **bien común**, no agotarse en mi individualidad. Si tu trabajo rinde más, quiere decir que no sólo podrás vivir tú, sino que podrás compartir más. Sin embargo la mentalidad que todos tenemos es la siguiente: "Con tal que lo haya ganado honradamente, cada cual puede hacer con su dinero lo que se le antoje..." ¡Tenemos que redescubrir la función social del trabajo! ¿Educamos así?

Cuántos hijos que permanecen en casa de sus padres, cuando empiezan a trabajar, todo lo que ganan es para ellos y no colaboran en nada... ¿Qué futuro nos espera con esta mentalidad? ¿Es que el trabajo de sus padres fue para ellos mismos o gracias a ese esfuerzo sus hijos salieron adelante?

Además hay un problema añadido a esto. Es otra especie de ley "física" porque nunca falla: un trabajo es muy duro porque no requiere ninguna especialización, no ganas "ni huevo"; el trabajo ya no es tan duro, ganas un poco más; el trabajo es 'digno', ya tienes un sueldo 'digno'; el trabajo no se sabe lo que es, no sabes lo que ganas. Y esto se da a todos los niveles. Yo he trabajado de albañil y en el campo. Normalmente el campo era un trabajo más duro y me cansaba más; mientras en la albañilería no era tan duro, excepto cosas muy concretas, y me cansaba menos. Pues bien, en la construcción ganaba casi el doble que en el campo... Volveremos sobre el tema.

Pero vayamos a otra cita que puede darnos más luz en este asunto: Pablo se despide de los cristianos de Mileto diciéndoles: "*Yo de nadie codicié plata, oro ni vestido. Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se puede socorrer a los débiles, y que hay mayor felicidad en dar que en recibir*" (Hch 20,33-35). Una vez más, el trabajo es un medio para proveer a las propias "necesidades" y para "socorrer a los débiles". ¿Es esto lo que enseñamos en nuestros colegios "religiosos"?

Por otro lado, la frase final *-hay más felicidad en dar que en recibir-* sintetiza la única dinámica que puede desmontar la de la "codicia". Más aún, habría que decir que quien ha descubierto esto, se ha enterado del 'meollo' de esta **Bv**. Recordemos el final del joven rico y de Zaqueo: la tristeza acompaña al que no da (y se queda solo), la alegría al que reparte (y da vida). Pero esto hay que experimentarlo alguna vez, y uno se pregunta si, como está la vida, a muchos de nuestros jóvenes les hemos dado la oportunidad de tener esta experiencia. Si lo hemos tenido todo desde pequeños y los que nos rodeaban también, no ha habido necesidad de compartir, y tampoco se ha dado la posibilidad de experimentar la gozada de compartir en reciprocidad, no del 'deber' de compartir para 'tranquilizar' mi conciencia.

Pero la frase tiene más alcance. Habría que traducirla a nivel socio-económico: “Tiene más futuro compartir que acumular”. Tanto el Liberalismo como el Materialismo histórico se mueven en la dinámica de nuestro egoísmo que nos lleva a acumular: el primero asegurando que dicho egoísmo será regulado por el egoísmo del otro; y el segundo dando por supuesto que llevada al extremo la codicia que acumula compulsivamente -Capitalismo-, se derrumbaría dando lugar a la Dictadura del proletariado -acumulación del poder-, desembocando en el Paraíso comunista.

El problema en ambos es creer que el **egoísmo**, que es lo único que está detrás de toda **codicia**, puede desembocar en la reciprocidad, y **sin reciprocidad** -igualdad- **no hay futuro**.² Cuando el ser humano ha aminorado su codicia, ha evitado la catástrofe. El capitalismo salvaje que analizó Marx llevaba a lo que él predijo; sólo en la medida en que dejó de ser 'salvaje' -'compartió', interesadamente, es verdad- se salvó de las previsiones. Nunca será verdad que hay más felicidad en acumular que en compartir; sí más 'disfrute': pero podemos acordarnos de la añoranza de Teresa, mi vecina gitana...

Por último podemos leer (1 Tim 6, 7-10): “... *ciertamente es un gran negocio la piedad, con tal de que se contente con lo que tiene. Porque nosotros no hemos traído nada al mundo y nada podemos llevarnos de él. Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso. Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores*”.

Creo que no puede sintetizarse mejor todo lo que hemos visto. Por desgracia, el texto lo he visto confirmado en más de una ocasión a mi alrededor: personas generosas, abiertas, acogedoras... se convierten en recelosas, desconfiadas, orgullosas, en cuanto empiezan a tener unos ingresos que nunca habían tenido. No siempre, pero por desgracia mucho más corriente de lo que podíamos creer. La posibilidad de acumular dispara nuestra codicia. Personas que todo lo compartían cuando no tenían nada, han empezado a tener ingresos más o menos sustanciosos y, automáticamente, empiezan a acumular y competir.

CONCLUSIÓN

“... **porque de ellos es el Reino de los Cielos**”.

En la “conclusión” de cada **Bv** encontramos la razón de por qué es *Bienaventuranza*. Y aquí nos sorprende con dos cosas: Primera, que la recompensa es nada menos que *el Reino de los Cielos*; y segunda, la más inesperada, que este “Reino” está en presente. Esto contrasta con las seis siguientes que la “recompensa” siempre estará en futuro.

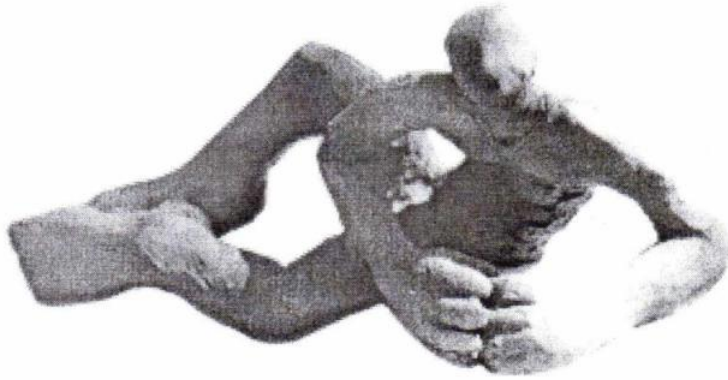
Y empecemos por la primera sorpresa; que la “recompensa” sea el mismo **Reino de los Cielos**. ¿Qué es lo que nosotros hemos hecho? Mandar el Reino ‘a la otra vida’ y querer alcanzar aquí lo que en las seis siguientes encontraremos en futuro. Ya en la **Introducción**

² Aquí tendría todo su alcance antropológico el problema del discernimiento de espíritus: no cualquier dinámica tiene futuro. Nunca una dinámica impulsada por el egoísmo generará reciprocidad y gratuidad. **¡Hay que discernir lo que nos mueve!**

aludimos a la constatación de que nuestras apuestas por la felicidad tenían pocos “logros”, y nos preguntábamos ¿tendrá razón el **Ev**? Pues bien, en esta primera **Bv** nos encontramos con que la razón de por qué los “pobres de espíritu” son “bienaventurados”, es “porque de ellos es el Reino de los Cielos”, no el “nuestro” de la tierra. Y en efecto “nuestros reinos” de “poder”, “dinero”, “placer”, parecen no tener mucha consistencia, y sobre todo no favorecen aquella fraternidad objetiva a la que aludíamos, sino que la imposibilitan. Es decir, en cuanto contrapuesto a nuestros “reinos”, parece que tenemos más “garantías”, pues descarta experiencias tramposas que todos conocemos. ¿Pero es un 'camelo' el que este “Reino” sea de los “cielos”? En la segunda sorpresa debemos buscar la respuesta.

En efecto, a pesar de que lo denomina “de los Cielos”, lo pone en **presente**, - *vuestro es el Reino de Dios*, dice también (Lc 6, 20)-, sustituyendo de los “Cielos” por “Dios”. Aparte de las razones redaccionales de uno y otro evangelista nos sugiere toda la problemática que ha aparecido en la **Bv**, seguidos de la mano de Lucas principalmente, pero conservando la primera parte de Mateo: los “pobres de espíritu” (los que no caen en la tentación de la codicia) es de ellos el “Reino de Dios” (o como alguno traduce, “tienen a Dios por Rey”), es decir, empieza a vivirse la descripción “idealizada” de Hechos 4, 32-37. Al no postrarnos y adorar al Dinero, y no tener nada como propio, se posibilita objetivamente la fraternidad, que es lo que decíamos que pretende cada **Bv**. Esta es como la puerta de todas las demás. Si servimos al Dinero, ninguna de las que siguen será posible, pues surge un *abismo* entre el *pobre* y el *rico* que nadie puede salvar (cf. Lc 16, 26).

Renunciar, pues, a toda idolatría, es entrar en la senda de las **Bvs**, *porque está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto* (Mt 4, 10). Esta **Bv** es la versión menos “espiritualista” del alcance del **monoteísmo**. Nos hace tomar conciencia de todos los ídolos que nos esclavizan y nos plantea el dilema de que sólo se puede servir a un Señor. Que sólo en el Dios vivo podemos poner nuestra seguridad, pues los otros dioses nos *inquietan, preocupan* (Lc 12, 22-29), o *hunden a los hombres en la ruina y en la perdición* (1 Tim 6, 9). En una palabra, nos descubre que *hay más felicidad en dar que en recibir* (Hch 20, 35). Para que todo el mundo lo entienda: que tiene más futuro el compartir que el acumular.



*Hombre de barro soy:
Soy tan necio que quiero tener,
y más necio aún porque quiero guardármelo
para mí sólo,
y acumular,
no sea que me falte un día.
Soy tan necio que encima aparento
y de inicio me tiro al suelo cómodamente.*

*Pero la verdad es que,
los dedos de mis pies se tuercen,
y están en tensión,
que lo que guardan mis manos
es la nada,
que lo que protege mi torso
es el vacío,
que la expresión de mi cuello y cabeza
es miedo.*

*¿En qué se basa mi seguridad Señor?
La verdad no se encuentra allí
en ninguna riqueza terrenal.*

Marjolijn

*Camino a los hermanos
en Bienaventuranza.
¡Pobre camino blanco!
¡Inmensa panorámica!
Desnuda. Despojada.
Nadie me quita la vida.
Recibo y la doy por Gracia.
Un solo Tesoro. Uno.
Y sin más haber que el alba
y Dios... el único Dios
de ayer, de hoy, de mañana.*

Anunciación Jiménez